

LA FÁBRICA DE CALZADOS DE VERA: HISTORIA DE UNA SIRENA

MANUEL LEÓN GONZÁLEZ
Periodista

*Mi agradecimiento a José Antonio Ruiz Marqués,
veratense de bien*

UN DÍA CUALQUIERA

S uena en el pueblo la sirena de la fábrica y principian los trabajadores a entrar, en fila india, en el taller de la gran nave central de San Antón. Con los ojos aún legañosos y el cesto con el almuerzo, se aferran las mujeres al torno de cosido y los hombres preparan la mezcla con resina y colorantes donde se regenerará la goma para las suelas de las alpargatas. Merodean en la entrada los jarapeiros de los *Silos* de Cuevas, que mercadean con trapos viejos para la fabricación de nuevos pares, mientras los viajantes Diego Núñez y Lucas Román arrancan el motor de la furgoneta para vender las sandalias de goma, las zapatillas MGC o los Colegiales por pueblos polvorientos de Andalucía.

Huele el paraje de San Antón esa mañana de mediados de los cincuenta, como todas las mañanas, al purgante de las calderas y a la goma que hierve y se derrite como chocolate en los bombos metálicos. El pueblo estrena un nuevo día y empieza a trajinar en el instante en que Juan Hernández, uno de los guardas de la fábrica, ha pulsado el interruptor y el eco del soniquete ha reverberado por toda Vera levantando a los niños de la cama, aviando a las madres a preparar la taza de leche ordeñada y urgiendo a los albañiles, a los labradores, a los barberos, a los alguaciles a meterse en vereda. Por la calle Juan Anglada y San Cleofás, por la de la Soledad y la de la Plata, han ido incorporándose obreros y peones de la fábrica de Miguel Giménez a la plaza Mayor, pasando por la de Fernando V, el Barrio, las Cuatro Esquinas, hasta desembocar en San Antón, el potro diario de tortura, el filón donde se ganan las habichuelas escapando de la emigración.

A media mañana aprieta el calor en la fábrica, el sol se cuele por las ventanas y los peones de las cal-

deras se han quitado las camisas y han salido a refrescarse a la fuente centenaria, antes de dar cuenta del bocadillo en el comedor, oyendo las coplas que suenan invisibles en una radio alemana. María Ramos, la capataza, da una tregua a las mujeres de la sala de corte para que repongan fuerzas. En la sala administrativa, Gonzalo y José Antonio aún esperan la conferencia con Valencia que pidieron ayer para solicitar cabida de material en el barco de Bilbao a Finlandia. Es verano, se acerca ya el 18 de julio y los empleados de la fábrica veratense barruntan ya las dos semanas de vacaciones reglamentarias y piensan en los días de yodo y playa en *Villajarapa*. La empresa vive un periodo de prosperidad y su fundador, Miguel Giménez, entrado ya en canas sienta su osamenta en su butaca, junto a la ventana del despacho, otea el horizonte en el que se recorta la figura del Espíritu Santo, encima del cerro. A la una del mediodía, vuelve a resoplar la sirena instalada junto al campanario de la ermita de San Antón, al tiempo que dejan instantáneamente las herramientas los empleados y salen en tropel camino de sus hogares.

A esa hora, los comerciantes del pueblo extienden los toldos para hacer un alto en el camino. Los empleados de la fábrica bajan por las cuatro esquinas y la calle Las Cruces, junto a la espartería del *Palomo* y el surtidor manual de gasolina, pasan frente a la casa del patrón, en Isabel la Católica, mientras ven al *Chimenea* fumar sin parar en su tienda de ultramarinos, junto al estanco donde levita *Juanico el Canoso*. Más arriba, sale gloria bendita del horno de Soler, aunque no se puede decir lo mismo del taller colindante del talabartero afanado en arreglar el correaje de una mula que hociquea a un enjambre de moscas. La alpargatería de Camacho y su vecino Alonso Campoy han echado ya el tranco de la puerta a la espera de que se atempere la canícula. En la *Fonda España* de Antonio Ramírez se hospedan viajan-



El primer taller de calzado de Miguel Giménez estuvo radicado en la Plaza de Fernando V (Plaza de las Verduras) hacia 1920. (A. Martín-Editor)

tes de comercio y se ven algunos carros de mercaderías, junto a la ferretería de Paco el *Panchela*.

Antes de llegar a su casa, aprovechan algunos de los oficiales zapateros con mejor paga para tomar un tinto con jamón en el bar de Juan García, en Manolete o un *Jumilla* de Ginés Carmona en el bar *La Alegría*.

Y a las tres de la tarde de nuevo la sirena, la sempiterna sirena que gobierna el pueblo, despierta a los dos centenares de empleados del breve letargo del mediodía y les ordena, sin palabras, con su agudo metal, volver al tajo, a seguir cosiendo lona, a preparar las autoclaves donde se mezcla la goma, a alistar las cajas de zapatos que saldrán para medio mundo vía barco, desde un recóndito pueblo del sur, que se muere de calor esa lejana tarde julio, que anuncia ya las dos semanas de vacaciones en la playa de *La Almica* para todos los empleados. Algunos ya tienen preparados sus bañadores de nylon y sus flotadores neumáticos con los que sortear las olas junto al espigón de levante del puerto de Garrucha. Hasta allí llegarán en la tartana del *Caito*, en recuas de bestias o a suela, atravesando la *Media Legua* y refrescándose ya con el dulzor de la brisa marina.

Pero aún quedan algunas jornadas más de trabajo en la fábrica y decenas de pares más que manufacturar. Las conversaciones animosas de las empleadas alternan con el silencio sepulcral cuando se acerca la capataza, entonces en la sala de cosido sólo se oye el metal de las agujas horadando la lona y el revoloteo de las moscas veraniegas.

A las seis en punto de la tarde vuelve a sonar por última vez la sirena de salida de la fábrica de zapatos de Miguel Giménez y queda abandonado, como el cementerio que fue, el viejo pago de San Antón donde se ubica el gran centro fabril de la Vera de Posguerra. Los hombres se asean, se cambian de camisa y llenan de vida las plazas del pueblo. Las mujeres sacan las sillas a la puerta hablando sin parar, mientras el día se despide por el risco del Hacho. Se llena de bulla La Plaza Mayor y en los veladores del casino, donde los fines de semana se organizan bailes, bajo la marquesina de madera juegan a la *ligá* don Jacinto el médico, don Juan el farmacéutico y don Miguel el abogado, atendidos por el camarero Dionisio. Incluso se deja ver con su sotana el párroco don Juan. Por las inmediaciones de la plaza son

fijos el *Perete*, *Zaragatillo* y el limpiabotas Ginés el *Pichero*, sacando lustre a las botas de algún parroquiano, frente al hotel *Plus Ultra* y el bar de Alonso. La chiquillería de pantalón corto y flequillo se arremolina en la confitería de Bernabé en pos de alguno de sus dulces. A su lado está el local donde tiene lugar de cuando en cuando la subasta del agua de Tres Fuentes, por la que puján hasta el delirio los agricultores para el riego de sus sedientos terrones. A media noche, la plaza quedará desierta a la espera del alba y el toque de sirena de la fábrica, que nunca falta a la cita. Así trasegaba Vera sus días y sus noches en aquellos lejanos años cincuenta en los que todo se veía con los ojos del porvenir.

SEMBLANZA DE MIGUEL GIMENEZ CAMPOY

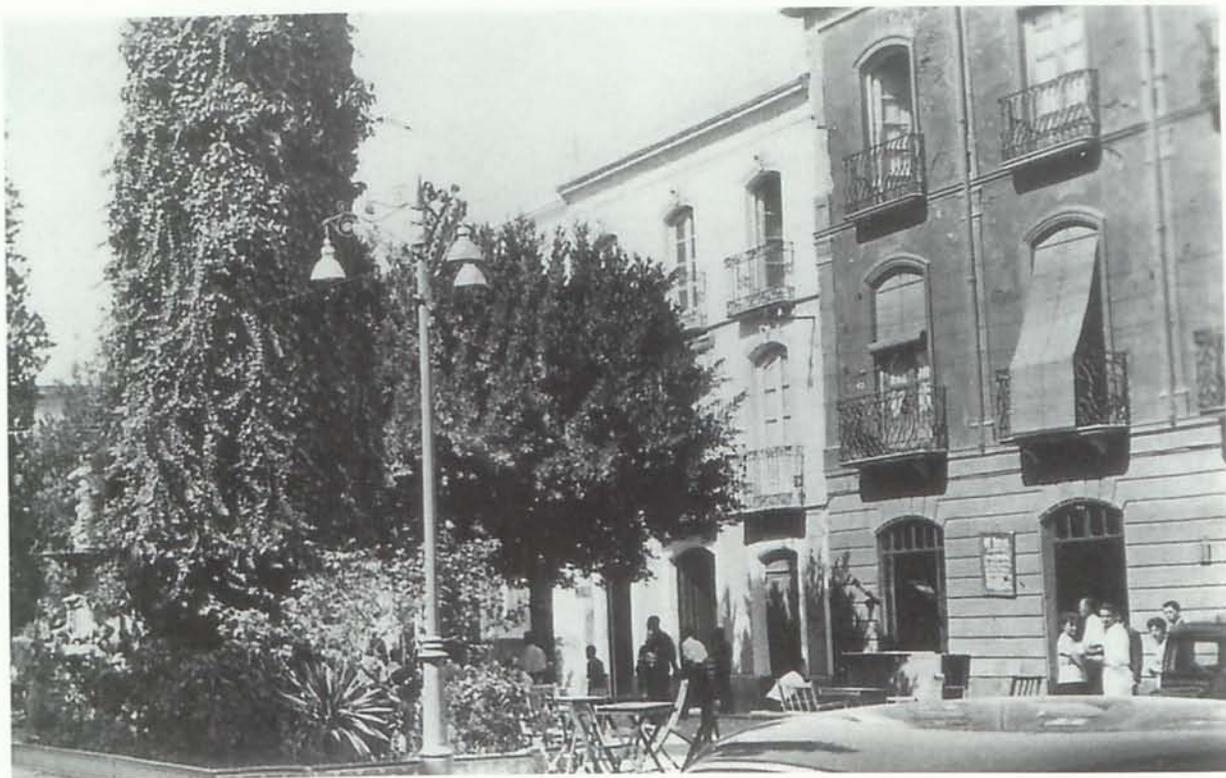
La fábrica de calzados de Vera fue durante décadas el mayor centro industrial de la provincia de Almería, donde llegaron a trabajar hasta 300 obreros con una producción anual de tres millones de pares que se exportaban a medio mundo, desde Canadá a Australia. Fue posible además, en unos tiempos lúgubres en los que sólo existía el telégrafo como canal de comunicación y el hecho de poner una conferencia telefónica era toda una odisea. El florecimiento de este emporio fabril, en medio de un llano aislado, ha sorprendido y sigue sorprendiendo a analistas económicos. El profesor Rafael Puyol, durante años Rector de la Universidad Complutense, en su tesis doctoral *Almería, un área deprimida en el Sureste español* (Madrid, 1975) incluye la fábrica veratense como una de las principales de la historia industrial de Almería y enfatiza su meritoria actividad en una zona aislada y con unas comunicaciones decimonónicas. En numerosas ocasiones las grandes industrias almerienses han germinado en virtud de un esfuerzo colectivo, de la naturaleza emprendedora de varios socios o de la concentración de capitales extranjeros. En el caso de la industria del calzado de Vera, su nacimiento y prosperidad se debe al tesón de un sólo hombre, Miguel Giménez Campoy, un emprendedor en estado puro, según la mayoría de los que le conocieron, heredero de la estirpe de Ramón Orozco o los Anglada, salvando las distancias y con menos medios a su alcance desde la cuna.

Miguel Giménez Campoy nació circunstancialmente en Águilas en 1890, en donde no vivió ni un



Miguel Giménez Campoy, fundador de *Calzados Giménez Campoy*, en plena madurez de su vida, en la década de los cuarenta.
(Col. del autor)

sólo día, puesto que fue trasladado a Vera de donde era toda su familia y donde fue concebido. Fue el único hijo nacido del matrimonio entre Miguel Giménez Rubio y su mujer María Campoy, ambos vecinos de Vera, alpargateros y obreros del campo, pobres de solemnidad. Su infancia transcurrió sin ir un sólo día a la escuela porque desde que tuvo uso de razón ayudaba a su padre como peón en las tareas del campo. Fue analfabeto toda su vida y sólo aprendió a echar su firma y rúbrica. Antes de que cumpliera catorce años murió su madre y su padre viudo volvió a casarse. Salió a esa temprana edad de su pueblo a recorrer España, trabajando donde podía y valiéndose de su inteligencia innata para sobrevivir y de su fortaleza física. Era robusto y alcanzaba 1,80 metros de altura, un gigante en esa época. Fue picador en las minas de La Carolina, en la provincia de Jaén, y cuando ya se hizo mayor se fue a hacer las Américas, como era usual en aquellos tiempos, porque en la provincia sólo se criaba miseria. Estuvo en



La Plaza Mayor de Vera, tal como estaba configurada en los cincuenta.
Postal editada por Ginés Ramírez, GIRA. (Col. del autor)

Argentina, México, Cuba y Estados Unidos, ejerciendo los más variados oficios con el fin de prosperar y ahorrar unas pesetas. Fue *milico* (policía de frontera) entre Argentina y Chile, recorriendo a caballo La Pampa y se hizo de un carromato para vender productos de la ciudad a los indígenas de la zona.

En Argentina coincidió con su futuro suegro y un cuñado que se quedó allí de por vida. El joven Giménez, por el contrario, volvió a Europa cuando frisaba ya los veinte años. Pasaba largas temporadas trabajando en Francia y a la vuelta traía algún dinero ahorrado a Vera y ayudaba a su padre a hacer a mano alpargatas de cáñamo y yute para vender por los mercados y los cortijos, hasta que hacía de nuevo el hatu para retornar al extranjero.

Así trasegó su juventud hasta que contrajo matrimonio con la veratense Josefa Bolea Núñez, con la que tuvo cuatro hijos: Miguel, Francisco, Sebastián y José, y decidió que había llegado el momento de olvidar la emigración y asentarse en su pueblo. Tenía entonces 30 años y principiaban a vislumbrarse los felices años veinte. Empezó a dedicarse en pequeña escala a la compra de huertos de naranjos que exportaba al extranjero, con lo que podía sacar adelante a su familia y guardar algún dinero. Comercializaba naranjas de la huerta de Antas y Vera. Varios exportadores se unían, preparaban la fruta en cajas y

la mandaban a Inglaterra a través del puerto de Águilas. Mientras tanto, su mujer, que era costurera, ayudaba a la economía familiar trabajando en el taller artesanal de su padre Sebastián Bolea, que también hacía alpargatas en una antigua casa ubicada en la Plaza de Fernando V (Plaza de las Verduras). En sus inmediaciones se ha situado desde tiempo inmemorial el comercio tradicional de Vera: desde la Posada de la *Currucanta* a los tejidos de *La Isla de Cuba*, *La Catalana* y *El Barato*, pañería *La Paz*, el *Spar* de Emilio Alonso y la mercería de Morata.

Miguel Giménez tuvo algún tropiezo con los cítricos y perdió algún dinero en una sociedad conjunta que tenía con otros empresarios veratenses. Eso le hizo ir abandonando la actividad de exportación de frutas e intuir el negocio que se le abría en la manufactura de calzado. Aprovechó los conocimientos adquiridos junto a su padre en la fabricación rudimentaria de la alpargata y comenzó a darle vida a ese pequeño y angustioso negocio. De la plaza Fernando V, Miguel y Josefa se trasladaron a comienzos de los años treinta a una modesta casa taller junto a la calle de las Tiendas y la Plaza de la Pescadería, donde abandonaron las alpargatas de piso de cáñamo y empezaron con la suela de goma. Empezó a venderse bien el nuevo material sintético por los comercios de la comarca y el incipiente industrial apro-



Miguel Giménez Campoy, presidiendo una reunión familiar. (Col. Miguel Giménez Bolea)

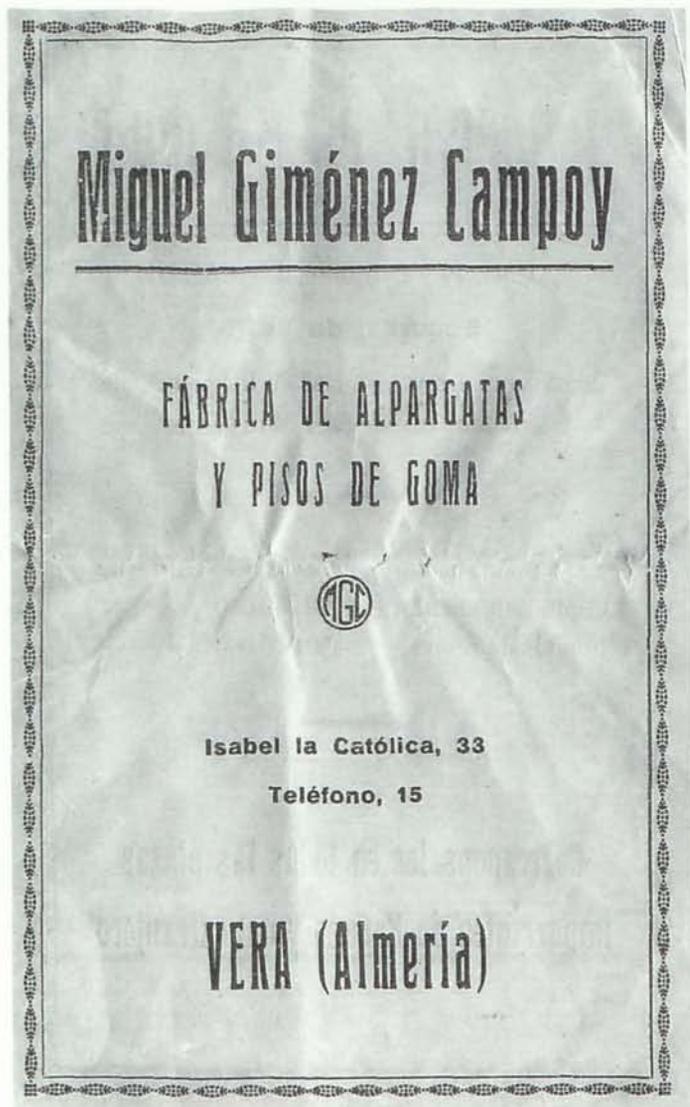
vechaba para trasladarse a zonas de tradición en la fabricación de calzado como Elche, Alcoy y Novelda, para aprender cómo se trabajaba allí y surtirse de materia prima a bajo coste. Compró sus primeras máquinas de coser industriales y metió a trabajar a varios empleados del pueblo.

Poco antes de la Guerra, Miguel Giménez trasladó el taller a la calle Isabel la Católica, junto a la carretera de Almería, agrandó el negocio con una tienda donde su mujer vendía el propio calzado del taller. En la década de los cuarenta, tras el paréntesis de la Guerra Civil, en la cual no llegaron a movilizarlo, decide dar otro salto y compra unos terrenos en el pago de San Antón, junto a la ermita del mismo nombre y el Molino de Rosendo. Va adquiriendo cada vez más terrenos a particulares y ampliando naves. En 1956 compra la ermita al Obispado, siendo Obispo Alfonso Ródenas. Así, el viejo taller de Miguel Giménez, que aún seguía siendo considerado el sucesor alpargatero de Sebastián Bolea Caparrós, se transforma en una de las principales industrias de la provincia, con varios centenares de empleados y con exportaciones a América y Europa. Aunque con los años cedió la gestión de la empresa a sus hijos, nunca dejó de escudriñar y de mejorar los procesos de producción y venta con sus dotes naturales para el comercio. Le dio poderes a su hijo mayor Miguel,

cuando apenas había alcanzado la mayoría de edad. Con el tesón de un adolescente, viajó continuamente a la zona levantina para estar a la vanguardia de la industria del calzado y conseguir los mejores precios en materia prima. Siempre consideró su mayor motivo de orgullo poder dar trabajo a centenares de paisanos, que evitaron así tener que salir a buscarse la vida a otros mundos, como a él le sucedió en su juventud.

Construyó también la gasolinera y un restaurante anexo que aún existen en Vera, en la carretera a Almería y habilitó junto a ellos nuevos almacenes para acumular género que hoy pertenecen a una distribuidora de bebidas.

Este visionario de los negocios, hecho a sí mismo, contribuyó también en lo que pudo a aliviar las penurias de sus vecinos. Prestó al Ayuntamiento un tractor y un remolque para la rehabilitación del tejado de la Iglesia tras la Guerra Civil. Cuentan también que un día que se dirigía en coche a los Silos de Cuevas, con su chófer Nicanor, a ojear una finca de naranjos, se encontró por el camino con un entierro entrando al cementerio. A la vuelta vio que los hombres salían de nuevo con el tumbo vacío tras haber depositado al muerto en una fosa común. Le explicaron que los viejos que morían en el asilo no tenían dinero para pagar un ataúd y los tenían que arrojar



Folleto publicitario de la fábrica de Miguel Giménez Campoy, en la década de los cuarenta, con la marca MGC como estandarte. (Col. del autor)

directamente a la tierra y reservar el tumbo, de propiedad municipal, para otros muertos. Miguel Giménez puso entonces al carpintero Andrés Cervantes a hacer cajas de madera en el almacén de la fábrica y cuando moría algún viejo les donaba el ataúd a las monjas del asilo. Ningún veratense más se enterró sin su caja fúnebre. Cedía también calzado a los niños pobres de las Hijas de la Caridad y en la ermita de San Antón algunos domingos de misa repartía pan a los más necesitados. En los últimos años de su vida se dedicaba más a las fincas de cítricos que había ido comprando en Los Gallardos, Cuevas, Overa y Mojácar, recordando con nostalgia sus tiempos de naranjero.

Miguel Giménez Campoy murió con 76 años en una clínica de Madrid, de una afección al corazón, el 17 de enero de 1966, un día después de caer las

bombas de Palomares. Una delegación del pueblo, encabezada por el alcalde Francisco Rodríguez, dio escolta al difunto desde Puerto Lumbreras a Vera, donde fue enterrado en medio de un duelo multitudinario. Se murió este emprendedor veratense dejando consolidada una de las mayores industrias de la provincia, ajeno a la lenta agonía en la que entró la fábrica una década después, hasta su cierre definitivo en 1974. A los cuatro años murió su mujer, Josefa Bolea, su primera costurera, dejando cuatro hijos y 23 nietos. El municipio de Vera, hasta ahora, nunca ha llegado a hacerle distinción alguna ni en vida ni una vez muerto. El Ayuntamiento durante los años setenta acordó dar su nombre a la calle que baja de San Antón a la carretera de Almería, frente a la Estación de Servicio (actual calle Molino), pero por azares de la vida nunca llegó a rotularse. Sólo ha contado tras cuarenta años de su muerte, con el humilde homenaje de Antonia Viñuelas, una improvisada trovadora, que le escribió unas letras cargadas de afecto: *A la memoria de un hombre que se fue.*

EVOLUCIÓN DE LA INDUSTRIA

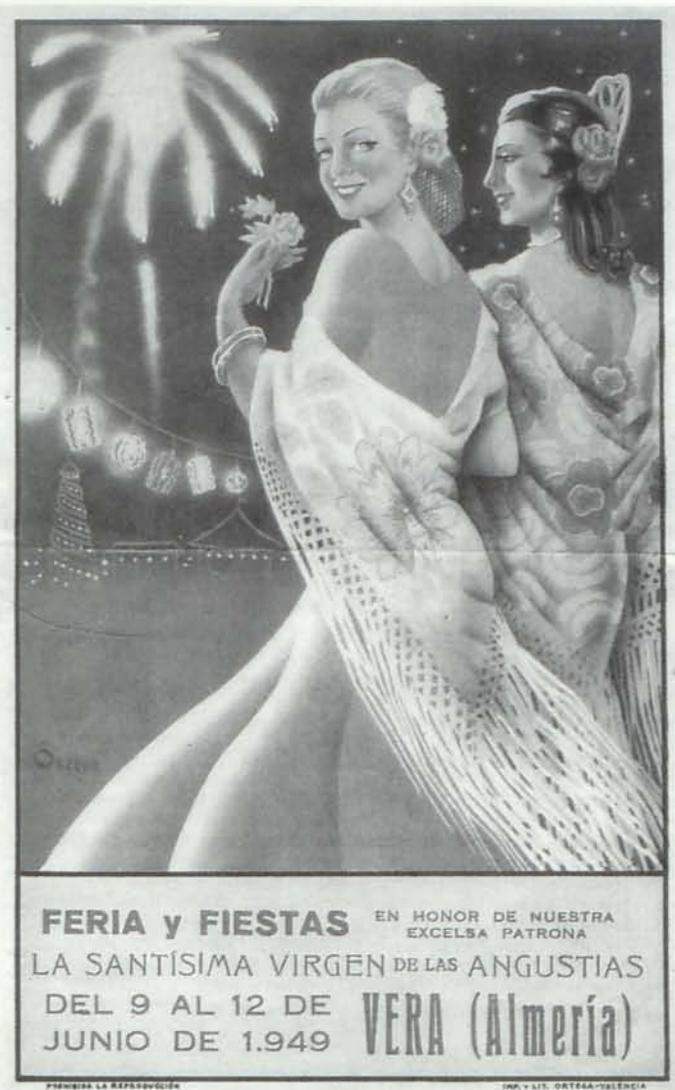
La fábrica inició su actividad como taller artesanal en 1920. Miguel Giménez y su mujer confeccionaban las clásicas alpargatas de aglomerado de goma negra con la cara de lona blanca, que era la típica que se gastaba en Andalucía y Extremadura. Por su formato se les llamaba *Pelotari*. El aglomerado se obtenía a través de la regeneración de gomas viejas o en industrias de Elche. Después Miguel Giménez y su mujer en una máquina de coser denominada Carpi, con agujas en forma de gancho, cuya patente era propiedad del fabricante ilicitano José Puig. Era una fabricación muy elemental aunque adelantada para la época. La lona de la alpargata era blanca, negra o marrón, no había más fantasía. Después se fueron añadiendo modelos.

Tras la guerra, una vez que algunos de los empleados volvieron del frente, sólo se siguieron vendiendo alpargatas. No había otro tipo de calzado, porque existía mucha miseria en Vera y la comarca. Lo único que podía pagar el mercado era pobretería pura. Miguel Giménez se introduce en una colectividad de fabricantes de Murcia que se llamaba López Ferrer y adquiere a buen precio tiras de lona de hasta 30 metros. La producción industrial en serie se inicia una vez que la fábrica se traslada al paraje de San

Antón. El taller de la calle Isabel la Católica se había quedado pequeño y Miguel Giménez ve la oportunidad de crecer comprando terreno por donde pasaba el Camino Viejo a Antas, donde antiguamente estuvo el cementerio del pueblo, hasta que la familia Anglada regalara los terrenos del actual camposanto. Por eso, en cada momento que se ampliaban las naves, al horadar los cimientos, aparecían huesos y restos humanos, que no se extrajeron cuando se hizo el traslado de recinto. Giménez fue comprando poco a poco terrenos frente al Molino de Rosendo y casas viejas que vendían sus propietarios para el aprovechamiento de los materiales: las maderas de las puertas, las vigas, los hierros de las ventanas. Vera, como otros pueblos sufre la depresión de la posguerra y muchos de sus habitantes tienen que emprender el camino de la emigración principalmente a Cataluña.

La fábrica amplía entonces su porfolio y suma a la popular alpargata de goma, una zapatilla de paño de invierno, para niño, señora y caballero, con los típicos cuadros de colores. Esa zapatilla, que hoy aún se utiliza para estar en casa, en aquella época se vendía también como calzado de calle. La materia prima se obtenía de la recuperación que hacían los jaraperos, que recogían los trapos viejos de las casas y cortijos, y los cambiaban por santos, agujas o por hilos. La gente cambiaba las alpargatas viejas por lo que sacaban de la cesta estos antiguos buhoneros. Empezó el establecimiento a hacerse un mercado importante en la provincia de Granada y después en Sevilla, donde se abre un almacén en el barrio de Triana, en la calle Juan Cotarelo. Eran todavía finales de los cuarenta y ya se facturaban vagones de mercancía por ferrocarril. Allí se desplaza como distribuidor Gonzalo Muñoz Núñez, que organiza los vagones que llegan por Renfe desde la estación de Zurgena. En Triana se almacenaba y varios viajeros vendían las alpargatas y zapatillas por los caminos de Utrera, Osuna, Morón de la Frontera y Los Palacios. Uno de los viajeros más apreciados y que duró desde que se abrió la fábrica hasta que se cerró fue Diego Núñez Martínez.

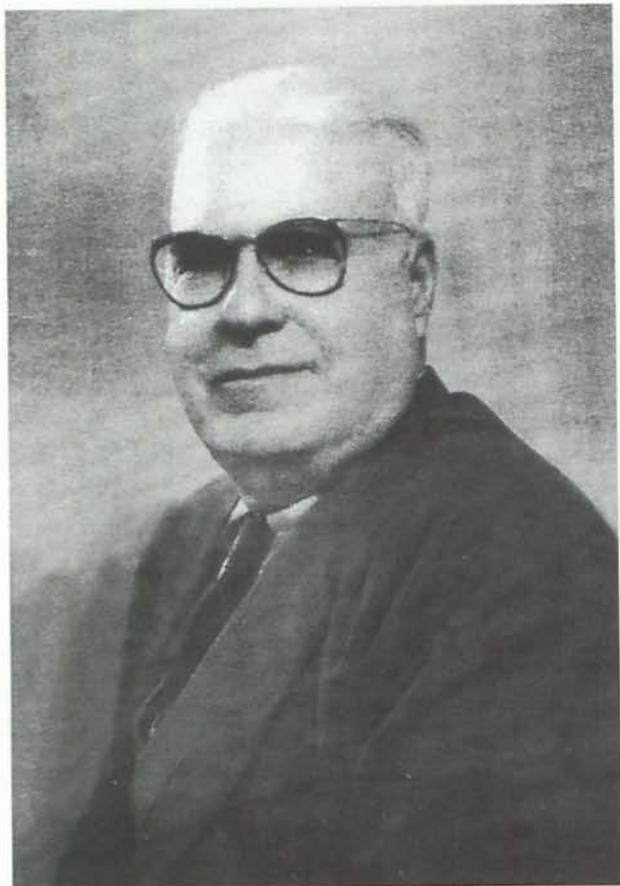
A continuación, la fábrica entra de lleno en la confección de las sandalias de goma de niño y de adulto. La goma que se obtenía de deshechos se regeneraba en unas calderas que se denominaban autoclaves. Se echaba al bombo la goma de la vieja alpargata, que se había arrancado previamente de la



Portada del *Libro de Fiestas de Vera* de 1949, entre cuyos patrocinadores aparecía la empresa de Miguel Giménez Campoy. (Col. del autor)

lona con unas tenazas. Era un bombo circular que a base de fuego y una resina vegetal que se adquiría en la provincia de Segovia, producía la regeneración de ese material. A continuación se metía en unos moldes con unas planchas de calor y salía la suela de la sandalia ya regenerada. Después se le aplicaba el dibujo de marca. Los calzados de Vera contaron con varias marcas registradas, entre ellas, *Guerrero*, *El Hacho* y *MGC* (Miguel Giménez Campoy).

El viejo emigrante y sus hijos se dieron cuenta de que había que abrir caminos con nuevos productos que aportasen mayor valor añadido, con adquisición de maquinaria pesada. El mercado estaba ya saturado de productos baratos. Se adquirió una máquina de cilindros para fabricar la sandalia de goma en colores y el proceso se mecanizó con fórmulas exactas de colorante, acelerante y retardante. El pri-



Miguel Giménez Campoy, fundador e impulsor de la industria del calzado de Vera, la más grande de la provincia.
(Col. del autor)

mogénito, Miguel Giménez Bolea, que había estudiado para profesor mercantil, toma la gerencia y se especializa en las mezclas y análisis químicos, con fórmulas estándar que había que ajustar. El proveedor era la casa Bayer. La fábrica de manufacturas de calzado pasó a darse de alta en el gremio de las industrias químicas en el Sindicato Vertical. Mientras tanto, el patriarca seguía viajando, buscando las mejores oportunidades para la compra de material y maquinaria. Adquiere en Elche un cortador para preparar la cara del calzado. Se abandona el regenerado de goma y se entra en la utilización del caucho virgen que se importa desde Malasia, a través de Barcelona. Se le asigna un cupo tope de importación de material por parte del Estado. El caucho llegaba en camiones apilado en balas que pesaban más de cien kilogramos cada una, aunque se seguía utilizando caucho adocenado que era más barato.

En aquellos años cincuenta, los calzados de Miguel Giménez tenían poca competencia por la comarca del Levante almeriense. Tan sólo sobrevivían algunas alpargaterías que trabajaban casi siempre por encargo. En Cuevas había un grupo de mujeres

alpargateras que cosían cuatro o cinco docenas para venderlas en el mercado. También había varios zapateros remendones que arreglaban y hacían algunos zapatos por encargo. En comercio al por menor de zapatos destacaba la viuda de Mateo Silvente y sus hijos, frente a Correos.

LA EXPORTACIÓN

La primera empresa de *Calzados Miguel Giménez Campoy* se había transformado ya en *Calzados Miguel Giménez e Hijos* y el mercado doméstico y nacional se le había quedado pequeño. El fundador pensó que había llegado el momento de enviar calzado fuera de las fronteras, a aquellos países en los que él ejerció de emigrante siendo más joven. Se escribieron cartas a las embajadas solicitando información sobre posibles clientes. Se conseguían datos de las sociedades mercantiles e intermediarios que aparecían en la revista *Información Comercial Española* que editaba el Ministerio de Comercio, hasta que se dio el golpe maestro en Costa Rica. Allí se mandó una muestra de sandalias de goma a un vendedor que era también representante del jabón Heno de Pravia en San José y empezó a vender en cantidades industriales. Era el año 56, el calzado veratense abrió por primera vez sus puertas al extranjero. Fue un éxito rotundo, tanto que se llegaron a vender cinco millones de pares de zapatos en algunas regiones donde en esa época no vivían más de dos millones de habitantes.

El calzado salía del puerto de Valencia y desembarcaba en Punta Arenas. El Gobierno de Costa Rica fue aumentando los aranceles ante aquella invasión de sandalias de Vera, hasta hacer prohibitiva la importación por parte de los vendedores locales. Se quejaban de que *MGC* había acabado con la pequeña industria autóctona. Otros países cercanos a Costa Rica como Guatemala y Puerto Rico también empezaron a solicitar sandalias a la industria veratense y en San Antón, los obreros no daban abasto para calzar los pies de tanto hermano hispanoamericano.

En la época de mayor esplendor llegaron a trabajar en la fábrica hasta 300 empleados procedentes de Vera, Cuevas y Murcia. Se entró también en mercados tan dispares como Estados Unidos, Australia y los países nórdicos. A Finlandia se enviaban cientos de botas de serraje que se cargaban en container desde el puerto de Bilbao. A veces no se podían servir todos los pedidos porque en esa época no había barcos de mercancías con suficiente periodicidad para viajar al norte de Europa. Muchas veces la em-

presa tuvo que afrontar expolios enteros de mercancía que se robaba durante las singladuras a mercados africanos como Libia, Kuwait o Guinea Ecuatorial. Hubo años en que más del 50% de la facturación total procedía de la exportación, algo inusual en la industria española de mitad de siglo. La apertura de canales de ventas en el exterior fue una ardua labor de aprendizaje por parte del personal administrativo de la sociedad y sobre todo del encargado de la sección de exportación, José Antonio Ruiz Marqués. Fueron paso a paso, dando tropezones, sin ningún apoyo oficial del Estado. El medio de comunicación era el telégrafo, llamado en esa época cable. Había que aprender inglés a empujones y se tardaban días en que se concediera una conferencia telefónica desde que se solicitaba a centralita.

Las naves de la fábrica se impregnaron de un olor peculiar cuando se empezó a introducir la piel en la fabricación de algunos pares. Los pedidos iban viento en popa y la cabeza del fundador no paraba quieta. Miguel Giménez era un gran comerciante, acostumbrado al trueque duro desde sus tratos con los indígenas andinos. Viajaba hasta Tarrasa o Logroño a comprar paño para las zapatillas e introduce en Vera el piso forrado de esponja más comfortable, que da lugar a la zapatilla vulcanizada. En Vera se fabricaban ya además de alpargatas y zapatillas de paño, botas de trabajo, botas de agua conocidas como *Katuskas*, zapatillas deportivas *MGC*, de lona con ribetes blancos que se vendieron como rosquillas, y zapatos *Colegiales*, que supusieron un quebradero de cabecera para el fabricante mallorquín de los célebres *Gorila*. La piel se introdujo a finales de los cincuenta con los *Colegiales* y la empresa invirtió en nuevas máquinas de coser y preparado de cortes. El material era piel de vaca que se compraba en Lorca. Las piezas se serraban por la mitad: a la epidermis se le aplicaba el tinte para el Colegial y la dermis se utilizaba para la bota de trabajo de piel vuelta de la marca *Big Joe* que tuvieron un gran éxito en Estados Unidos y Finlandia. También se importaba piel de Australia. Unos *Colegiales* eran un lujo y costaban en la época unas doscientas pesetas, unas sandalias de goma podían valer hasta cincuenta pesetas y unas alpargatas, diez pesetas de las de entonces. Lo que más utilizaban los habitantes de la Axarquía almeriense para calzarse hasta los años cuarenta fue la alpargata, primero de esparto (espartaña), cáñamo, yute y luego de piso de goma. En verano comenzó a proliferar la sandalia también de goma, en los años 50 llegó la zapatilla de paño de suela negra y en los sesenta el zapato de material.

En esa transformación de materias primas, la empresa empezó a traer desperdicios de caucho para regenerarlo y prescindir de otro tipo de suelas. Los Giménez entraron en contacto con Mulestein, un industrial americano de origen judío que vendía caucho de segunda mano que recolectaba en las grandes compañías americanas. Era un traperero a lo grande, compraba preservativos defectuosos, los globos rotos de los niños, los guantes rotos de los cirujanos, las fajas de señora. Todo este material lo juntaba y lo vendía al por mayor. La fábrica de Vera llegó a comprarle hasta veinte toneladas de condones que se cocían y se convertían en suela de zapato uniéndolo a otros aglomerados, ahorrando en caucho natural.

SECCIONES

Había dos secciones de producción en la fábrica de Vera: la de preparación de las gomas para el piso del calzado y la de aparado y corte de la cara del calzado, de lona, paño o piel. Por necesidades de urgencia en los pedidos, a veces había que trabajar de noche si había que preparar goma para el turno de cosido del día siguiente. El horario de trabajo se iniciaba a las ocho de la mañana con el toque de la sirena, se paraba a la una del medio día y se reanudaba el trabajo desde las tres a las seis de la tarde. El almuerzo se hacía por lo general en la casa, salvo los que trabajaban en la sección de goma, que hacían turnos continuados y comían en el comedor de la fábrica. El sueldo medio de un trabajador en los años cuarenta y principios de los cincuenta era de unas 150 pesetas mensuales, que se repartía en pagas semanales, todos los sábados. Muchos empleados con más aspiraciones recurrían al pluriempleo para dar una mayor calidad de vida a su familia y estudios universitarios a sus hijos. La fábrica tenía varias categorías de trabajadores: peones ayudantes, obreros manuales, maestros y encargados.

Las mujeres recortaban y hacían el aparado del calzado, que era una máquina de coser donde se unían las piezas que conformaban el corte del zapato. Los hombres hacían la vulcanización: primero se preparaba la masa de la goma, con máquina de cilindros que se compraban en Cornellá (Barcelona). De Inglaterra llegó luego una máquina pesada denominada *Bámburi*, que mezclaba automáticamente y ya no había que estar pendientes de echar la goma y el colorante al cilindro. El *Bámburi* llevaba un programador y en unas cubetas de madera se echaba el caucho, las cargas de sílice y los colores y de ahí pasaba



Equipo de fútbol denominado *Grupo Empresa Giménez Campoy*, que disputó encuentros federados en los cuarenta. En la imagen aparece en el centro Miguel Giménez Campoy, junto a jugadores y trabajadores de la fábrica como Pepe Vizcaino, Caparrós, Manolo, Lucas Santos y Melchor López. (Gentileza C. D. Vera)



El *Grupo Empresa Giménez Campoy*, en un partido de entrenamiento en el campo de Buenavista. De izquierda a derecha, entre otros, Camacho (portero), Juan Curro, José Marroquín, Pedro Baraza, Manuel López, Frasquito Curro, Melchor López, Manolo Marroquín y Bartolomé Quesada. (Gentileza C. D. Vera)

a una tolva cerrada donde se programaban los minutos y un gráfico avisaba cuando la mezcla estaba lista. La goma, ya preparada, se metía en un cilindro laminador para darle la forma y luego se montaba en el vulcanizador junto al corte ya cosido y se pegaba la suela y el paño. La perfección llegó ya en los setenta con las máquinas italianas. De Milán llega a Vera una máquina de vulcanizar, que a una alta temperatura funde la suela con el corte.

Calzados Giménez desarrolló ya una cierta tecnología avanzada para la época y los directivos asistían a la *Feria Internacional de Calzado e Industrias Afines (Ficia)*, que se celebraba en Elda. Era una época dulce en España. Ya no venían sólo expositores de calzado sino también industriales italianos de maquinaria, máquinas danesas de montar botas. La industria veratense nunca se quedó atrás en tecnología.

La fábrica de San Antón estaba presidida por una gran nave central de maquinaria. Después fueron naciendo naves auxiliares según las necesidades. En las oficinas de seguros sociales, contabilidad y exportación laboraban unos diez empleados, entre ellos José Robles, que después se convirtió en comerciante, José Antonio Ruiz y Gonzalo Jerez, junto al despacho de Miguel Giménez Bolea, que asumió la gerencia, al tiempo que su padre se fue retirando de la gestión a principios de los sesenta. Otro viajante fue Lucas Román Pérez. Los servicios sanitarios en la empresa los prestaba el médico Jacinto Escudero, que también desempeñó este servicio en las minas de Bédar y estuvo destinado en Vera durante treinta años.

Había también escalas directivas. Cada sección tenía su encargado, entre ellos, Matías Cervantes López, Sebastián García Albarracín, Bartolomé López Rodríguez, Pedro Soler García y Antonio Soler Mellado. Entre las mujeres actuaba de capataza María Ramos Cazorla. La fábrica tenía de guardas a Juan Hernández Invernón y a Ginés León García. Hubo épocas en las que había mucha demanda de trabajadores y otras que para entrar a trabajar hacía falta recomendación. En algunos casos trabajaban familias enteras, el padre, la madre y los hijos mayores. Era el negocio más próspero de toda la provincia en los años 50 y 60. Según datos del Consejo Económico y Social de la provincia, de 1959, *Calzados Miguel Giménez e Hijos*, de Vera, era una sociedad limitada que contaba con un capital social de dos millones de pesetas, 121 obreros fijos y una producción anual de 2,3 millones de pares de zapatos.

A finales de los cuarenta, la empresa se anunciaba en el diario *Yugo* de Almería como *Fábrica de*

Alpargatas de Miguel Giménez Campoy, sucesor de Sebastián Bolea Caparrós: los caminos que van a la gloria son para Andalucía con alpargatas de Vera. El único paro de la fábrica en el año era desde el 18 de julio hasta principios de agosto.

LOS INCENDIOS

La fábrica sufrió varios incendios durante su dilatado periodo de actividad. El primero de ellos, de escasa envergadura, fue provocado por una colilla que se quedó encendida en la sección de envasado, donde estaba el cartón para hacer las cajas de los zapatos. Ardieron como una tea los cartones, pero no se perdió material. En la fábrica estaba prohibido fumar, aunque a veces se incumplía la norma.

Otro incendio más grave fue provocado de forma accidental por un operario al pegarle fuego con un encendedor de martillo al benzol con el que se hacía el pegamento para unas botas de agua. Hubo muchas pérdidas de material. La fábrica estaba asegurada por secciones y la compañía aseguradora, la *Vasco Aragonesa*, pagó el total de la nave. También hubo otro incendio provocado por un cortocircuito. Sonó la sirena de la fábrica y se pudo apagar a duras penas con cubos de agua por parte de los trabajadores de la empresa. El siniestro más grande ocurrió con la fábrica ya cerrada, en el que ardió una nave entera, aunque ya no había calzado dentro.

EL EQUIPO DE FÚTBOL

La fábrica constituyó un gran equipo de fútbol federado en la década de los años 40 denominado *Grupo Empresa Giménez Campoy*, con la intervención de un técnico de la fábrica llegado de Alicante llamado José Samper y el apoyo del presidente de la sociedad Miguel Giménez, que a veces acudía a los campos de la provincia a dar ánimo al equipo, aunque no era muy aficionado al fútbol. Se creó en el pueblo una gran afición en la década de los 40 con esta escuadra que puso las bases de lo que fue más tarde el club deportivo Vera. El *Grupo Empresa* quedó en alguna ocasión campeón provincial, jugando en una liga específica de equipos de empresa. Tenía entre sus contrincantes a la *Ferrovial* de Almería, *Oliveros* y *Moto Aznar*, en la misma competición que después disputó el *Minas de Almagrera (Masa)* del poblado del Arteal de Cuevas del Almanzora. Eran partidos durísimos y competidos en los que no sólo se defendían los colores del pueblo sino de la empresa para la que se trabajaba.



Equipo de veteranos del *Club Deportivo Vera*, algunos de los cuales iniciaron su carrera en el equipo de la fábrica de calzados. Posan en el antiguo campo de Las Viñas, aún sin vallar. Entre otros, Curro, Antonio el Marroquín, Melchor López, Pedro Baraza y Manuel López Garrido. (Foto Gentileza C. D. Vera).

El campo de fútbol estaba situado en el llano que después fue el cine de verano de la Terraza Carmona y ahora es una carpa para banquetes, y por detrás lindaba con el Bancal de la Virgen. Se llenaban todos los partidos e iba a tocar la banda de música. El campo de Las Viñas actual aún no existía. Vestía el equipo como el Oviedo, camiseta azul y pantalón blanco y jugaban todos los domingos. Algunos de sus jugadores más destacados fueron Melchorico, que era cartero en Garrucha, Manuel López Garrido, Pedro Baraza, los hermanos Caparrós Segura llamados los *Marroquines*, los *Curros*, Alonso Torres, Salvador, Lucas Santos, Camacho, que era el portero, Bartolomé Quesada y Pepe Vizcaíno, que se fue de emigrante a la Argentina. Algunos de ellos, jugaron también años más tarde en el *Club Deportivo Vera*. Otro de los acompañantes asiduos del equipo era Pedro Nicanor, que fue también futbolista en una época anterior. El *Grupo Empresa* desapareció a principios de los cincuenta, cuando empiezan a federarse los equipos de los pueblos.

LA ERMITA Y EL MOLINO

El fundador de la empresa compró más tarde, en 1956, la ermita de San Antón al Obispado, siendo

obispo Alfonso Ródenas, porque su mujer era muy devota. Allí, desde antiguo se veneraba la imagen de San Antón, los misioneros oficiaban algunos actos y salía una Procesión antiguamente que se ha recuperado con el tiempo. La ermita fue bendecida por el cura don Juan Marín el día de San Miguel de 1957 y se celebraron algunas bodas y comuniones de los hijos y nietos de la familia Giménez. Cuando dejó de funcionar la fábrica había goteras y se sustituyó la cubierta de teja árabe por otra de hierro. Miguel Giménez Bolea, hijo del fundador de la fábrica, y su mujer Aurelia, han cedido gratuitamente al Ayuntamiento, en escritura pública, la emita de San Antón, que ha pasado, por tanto, a ser propiedad municipal. Los alcaldes de después de la Guerra que coincidieron con la actividad de la fábrica en plena ebullición fueron Luis Flores Rubio, Francisco Cervantes de Haro, Francisco Rodríguez Segura, Francisco Caparrós González, Manuel García del Águila y José Salas Bolea.

El Ayuntamiento de Vera planea ahora una rehabilitación de la ermita y del barrio de San Antón, donde permanece aún en ladrillo rojo parte de la fuente de cuatro caños donde los obreros saciaban su sed. Al lado estaba el Molino de Rosendo, que hoy es un almacén municipal. Era un molino maquilero donde



Día de la bendición de la ermita de San Antón, junto a las naves de la fábrica de zapatos, en 1957.
El cura, don Juan Marín, y algunos feligreses. (Gentileza Miguel Giménez Bolea)



Momento de la homilía en la que se bendijo la ermita de San Antón, con vecinos de Vera.
(Gentileza de Miguel Giménez Bolea)



Jornada de reparto de hogazas de pan a los niños pobres de Vera, en la sede de la fábrica, junto a la ermita de San Antón. (Gentileza Familia Giménez Bolea)

la piedra molía el trigo con la fuerza del salto de agua que llegaba de Fuente Nueva.

Allí permanecen aún en pie los recios muros de la nave principal de la fábrica, con dos alturas, después de treinta años desde su cierre, donde tanto calzado se fabricó para medio mundo con las manos de cientos de hombres y mujeres veratenses, cuya vida giraba en torno al zumbido de una sirena.

EL CIERRE DE LA EMPRESA

La fábrica de Vera, que sobrevivió más de cincuenta años desde su constitución como taller de manufacturas, compitió siempre en el duro mercado del calzado con un punto flaco: su ubicación en un pueblo del Levante almeriense, aislado por tierra, mar y aire, fuera de los grandes polos industriales ubicados en la provincia de Alicante y en otras zonas del Sureste peninsular. Por tanto, el mérito de ser una de las primeras empresas de la provincia durante varias décadas es aún más ingente, si se tiene en cuenta que los costes de aprovisionamiento de materias primas, de canales de venta, y de mantenimiento de maquinaria eran mayores.

Mientras fue *sota, caballo y rey*, con las lonas y gomas de las alpargatas, todo iba funcionando. Pero cuando hubo que habilitar almacenes de primeras materias con un inmovilizado importante, con ciento de productos para la fabricación, *Giménez e Hijos* estaba en franca desventaja con otros fabricantes que tuvieran por ejemplo su industria en Elche, que se abastecía con una rapidez mayor y no necesitaba invertir tanto en inmovilizado. Para la empresa veratense era un suplicio cuando se averiaba una máquina y tenía que venir un mecánico especialista de Alicante para repararla o enviar alguna pieza a un taller de reparación; o cuando recibían un pedido urgente, por ejemplo de botas de invierno, y no había suficiente forro blanco. Tenía que coger Robles la furgoneta y salir a escape hacia Bañares o Alcoy a comprar el material. La fábrica tenía que tener un trasiego constante de camiones para traer materia prima de puntos muy alejados de la matriz y eso iba haciendo mella año tras año en los costes de producción. En Almería no había apenas competencia, pero en Murcia hicieron mucho daño los Meseguer con la marca *Panter*.

Nunca hubo ayudas oficiales para la fábrica de Vera por parte de la Administración, ni al principio



Estación de Servicio que puso en marcha Miguel Giménez Campoy, a los pies de la carretera de Almería, y que aún funciona, tras unos años de inactividad. Postal de Ginés Ramírez, GIRA. (Col. del autor)

ni cuando empezó la crisis, a pesar de ser la primera empresa de la provincia por número de trabajadores durante algunos años.

El cierre irremediable de *Miguel Giménez e Hijos S. L.* se produjo en la noche del uno de abril de 1974, cuando contaba con una plantilla de 150 trabajadores, justo cuando se había realizado una gran inversión para ampliar hasta seis el número de naves y las ayudas que se esperaban no llegaron. La contabilidad de la fábrica se iba agravando desde hacía cuatro años. Era una situación de crisis generalizada en todo el país y en el exterior por la subida de precios del petróleo. La peseta se devaluaba continuamente y se hizo prohibitivo comprar piel y darle salida al producto en el mercado a un precio competitivo. Los pedidos seguían llegando pero la fábrica veratense ya no podía competir en precio con la industria de los países del Este de Europa como Polonia, que entonces arrancaba, con unos costes laborales mucho más bajos.

En poco tiempo se fraguó la gran crisis de la industria del calzado. Cerró también *Facasa*, en Elche, los *Samper* y los *Meseguer*, en Murcia y más tarde, marcas tan consolidadas como *Paredes* y *La Cadena* se vinieron abajo. Si no hubiese sido enton-

ces, hubiese sido más adelante, cuando empezó a despuntar la industria asiática de precios por debajo de costes. Esos países como Taiwan o China, que iban a las ferias internacionales jugando al escondite y haciendo fotos de todo lo que veían en las ferias internacionales para después plagiar el producto a bajo coste.

Calzados Miguel Giménez e Hijos, ocho años después de la muerte del fundador, se dio en suspensión de pagos y se procedió a la liquidación, en un proceso concursal que se dilató en el Juzgado. La fábrica estaba hipotecada con el *Banco de Crédito Industrial* que se quedó con la maquinaria moderna y antigua para revenderla en la zona de Elche. Parte del material acumulado en los almacenes y naves fue expoliado. Los propietarios propusieron dejar la empresa a los empleados y transformarla en una cooperativa pero no hubo aceptación.

En esa época en la que el Franquismo agonizaba estaba muy mal visto cerrar una empresa, era casi tanto como una afrenta al Régimen. El Gobernador Civil de Almería, Merino García, coronel retirado de la Guardia Civil, que lo acababan de nombrar en sustitución de Gías Jové, se creyó en posesión de una solución para la fábrica, de la que argumentaba



Jacinto Escudero Pérez, médico de Antas, Vera, de las minas de Bédar y de la fábrica de calzados Miguel Giménez Campoy. (Foto Revista *Axarquía* 2000)

que lo que necesitaba era una modernización de la maquinaria que estaba obsoleta. Una delegación de Vera, con los propietarios, directivos y trabajadores le hicieron ver que la maquinaria era nueva, que ese no era el problema. Viajaron a Madrid para entrevistarse con autoridades del Ministerio de Industria y pedir ayudas, pero nunca llegaron. En esos años se comprobó cómo la industria que necesitaba mano de obra intensiva iba siempre de cabeza. Le llegó el turno al calzado, pero después también al textil, a la minería y a los astilleros. El Estado sólo invirtió en la reconversión de empresas públicas del antiguo Instituto Nacional de Industria, pero no en la empresa privada. La fábrica de los Giménez, que se había mantenido siempre como empresa familiar a pesar de su dimensión, estaba condenada a la desaparición.

El delegado de Trabajo, Agustín Domínguez, que después fue secretario del Gobierno Civil, resolvió de la mejor manera que pudo el futuro de los trabajadores. A algunos se les concedió la minusvalía, a otros la media pensión, también se concedieron

prejubilaciones y otros se recolocaron en otros trabajos y en entidades financieras como la *Caja Rural*, tras recibir indemnizaciones. El cierre, al final fue menos traumático de lo que se pensaba, aunque algunas familias lo pasaron mal y tuvieron que emigrar a Barcelona. Los propietarios de la fábrica tuvieron que hacer frente a la situación, puesto que eran ellos, a título particular, y no la mercantil, la que respondían con su patrimonio personal de las deudas de la empresa. Ellos avalaron la póliza de los seguros y fueron los que tuvieron que hacer frente a los requerimientos de los bancos hasta que hubo dinero y hasta cuando no lo hubo. Dos años después, una empresa de Totana, *Calzados Jazmín*, intentó reflotar la actividad de calzado en Vera y los propietarios les arrendaron la nave central, pero abandonaron muy pronto sin apenas resultados. Veinte años después se intentó recuperar la tradición de la industria del calzado en Vera y se inauguró una fábrica, *Veraindalo*, con ayudas de la Administración autonómica, junto a la carretera a Los Gallardos, pero el proyecto también resultó infructuoso y cerró sus puertas tras muy poco tiempo de actividad.

Los terrenos donde están las naves de San Antón volvieron a recomprarlos posteriormente la familia de Miguel Giménez Bolea al *Banco de Crédito Industrial*. Algunas naves han sido derribadas y otras permanecen en estado semirruinoso a la espera de una rehabilitación de la zona.

ANTECEDENTES INDUSTRIALES EN VERA

No fue del todo una casualidad que en Vera surgiera una industria del calzado como la que activó Miguel Giménez Campoy. Desde mediados del siglo XVIII se diversifica la dependencia casi exclusiva de Vera de la agricultura, la pesca y la ganadería. En esas fechas ya existe en Vera, según estudios de Giordano Marqués, una producción de fibras textiles, salitres para pólvora y barrilla, dirigida al comercio. Los veratenses laboran, recogen y transforman el esparto y lo comercializan fundamentalmente como abastecimiento del arsenal de Cartagena. También prolifera el hilado de lino. En 1784 se contabilizaban quince fábricas de cáñamo para vestidos y efectos navales, que consumían 1.700 arrobas de fibra.

Hay en la historia veratense un punto de inflexión, que coincide con el influjo que infunde el Siglo de las Luces, la Ilustración francesa y el espíritu abierto de Carlos III. En 1776 se constituye la



Viejo taller de la fábrica de calzados, que aún se mantiene en pie en el paraje de San Antón. (Col. del autor)

Sociedad Patriótica de la Ciudad de Vera y su Jurisdicción inspirada en el discurso sobre el *Fomento de la Industria Popular* de Campomanes. Una de sus comisiones fue la de las Manufacturas para el Perfeccionamiento en la Fabricación de Lino y Cáñamo y otra, la de las Ciencias y Artes Útiles, que debió de esforzarse en perfeccionar el material y la técnica de carpinteros, talabarteros, albardoneros, alpargateros y zapateros. Por último, otra comisión que tenía que ver con los antecedentes de la industria del calzado fue la del Tráfico y Comercio Interior de la provincia, por la que los comisionados debían equilibrar el intercambio interior en la Axarquía y mantener precios equitativos. Así circulaban por Vera y otros pueblos de la comarca, de forma segura y regulada, alpargatas y escobas de palma que se hacían en el lugar de Turre, y esparteñas, que se traían de Mojácar y que solía usar la gente del campo.

El principal triunfo de la Sociedad, en el terreno de la industria, fue la constitución de una fábrica de esparto y cáñamo para la producción de cuerdas y maromas. El gremio de armadores y pescadores de la aldea de Garrucha proporcionó la principal clientela para estos productos manufacturados. Estas dos fábricas no llegaron a ser verdaderas industrias en

sentido moderno, ya que les faltó la maquinaria indispensable para su desarrollo. A lo sumo, se reunían unos grupos de hombres y mujeres en talleres u obradores del Arrabal (después llamado Barrio) de Vera para ejercer esa actividad manual. También se habilitan telares y fábrica de paños que se vendían en Almería y un vecino monta una industria de tintes para tejidos de lana y seda con el colorante que extraía de un molusco marino llamado múrice. Ninguno de estos proyectos de pequeñas industrias manufactureras llegó a prosperar lo suficiente como para dar el salto fuera de los límites comarcales. Se mantuvieron hasta que la *Sociedad Patriótica de Vera* dejó de existir en 1808. Sirvió de germen esta primigenia sociedad veratense para que los naturales del país adquirieran conocimientos de las ciencias y de los recursos naturales y abrieran los ojos a otros provechos que no fuera la agricultura. Y por eso, desde las primeras décadas del siglo XIX, se estuvo en la comarca flirteando con los vestigios de metales ferruginosos que desde antiguo se hallaban en la sierra de Almagrera hasta dar con el descubrimiento del primer filón en 1839 que hizo que en muy pocos años toda la comarca transformara su faz como no había ocurrido nunca desde la Antigüedad.



Estado actual de la nave principal de la fábrica, con el cartel de *Calzados Jazmin*, empresa de Totana, que intentó reflotar la industria, sin éxito, a finales de los setenta. (Col. del autor)

En 1850, la industria popular de Vera se sustentaba en dos fábricas de jabón, 12 de salitres, dos molinos de aceite y ocho alfarerías, según el geógrafo Pascual Madoz. Más adelante, en 1908 en su *Historia de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Vera*, Eusebio Garres refiere como principales industrias artesanales la cacharrería, cerámica hilatura de cáñamo y la espartería. Sostiene un activo comercio de exportación de uvas, naranjas, higos y mineral de hierro y plomo por el puerto de Garrucha. En esa fecha, Miguel Giménez Campoy, tiene ya 18 años, está de emigrante en América y aún no ha llegado para él, el momento de volver a su pueblo.

EL PAPEL DE LA FÁBRICA DE CALZADOS DE VERA EN LA INDUSTRIA PROVINCIAL

La provincia de Almería nunca se ha caracterizado por disponer de tejido industrial a lo largo de su historia. Más bien, los almerienses, como el resto de andaluces, no tenían remilgos en hacer el hatillo para servir de mano de obra barata al proceso de industrialización de otras regiones, principalmente Cataluña. La agricultura, la ganadería y el comercio al por menor fueron tradicionalmente sus principales sustentos, junto con el turismo, a partir de los años 60.

A este corolario hay que ponerle en el Levante almeriense una excepción: la fábrica de Calzados de Miguel Giménez, que desde los años 40 se convirtió en un ejemplo claro de dinamismo empresarial andaluz, a la vanguardia tanto en progreso tecnológico como en apertura de mercados exteriores, convirtiéndose en el pulmón económico de la comarca hasta su cierre en 1974. Hoy día sigue siendo el sector industrial una de las asignaturas pendientes de la economía provincial. Lo más reseñable desde el cierre de la fábrica de zapatos de Vera, a nivel industrial, ha sido el crecimiento experimentado en el sector de las empresas del mármol de Macael, con *Grupo Cosentino* como exponente principal, en el que se ha puesto énfasis en la apertura de nuevos mercados y en la consecución de mayor valor añadido; el yeso de Sorbas, Holcim, en Carboneras, y, sobre todo, la consolidación de la industria auxiliar de la agricultura en el Poniente almeriense, son los otros bastiones del pobre sector secundario almeriense.

A mediados de la pasada centuria, cuando se inicia el crecimiento espectacular de la fábrica de calzados de Vera, la provincia aún estaba caracterizada por una economía en la que dominaba el sector primario, a través de la agricultura de regadío y secano (cereal, uva, cítricos y hortalizas), la ganadería y la pesca. En Garrucha creció de forma exponencial el

sector pesquero como consecuencia de la introducción de las nuevas técnicas de arrastre. Sin embargo, no se creó una industria auxiliar de transformación del producto, como las conservas, y el sector siguió teniendo, como hasta ahora, un marcado carácter cíclico y eventual. Había desaparecido casi por completo la minería tradicional, excepto algunos rebrotes dependientes del sector público (antiguo Instituto Nacional de Industria): en Rodalquilar (*Adaro*), Coto de las Menas de Serón y Cuevas del Almanzora (*MASA*).

El despegue de resultados de la factoría de los Giménez coincide con una de las épocas de mayor lanzamiento económico de la provincia de Almería, que partía de unos niveles paupérrimos, desde 1959 hasta la crisis del petróleo de 1973, con tasas de crecimiento del 5,2% frente al 4,4% nacional, sobre todo por el milagro de la agricultura intensiva del Poniente, espoleada por la labor financiera del Instituto Nacional de Colonización. En segundo lugar, el turismo ha sido también el causante de este impulso a las rentas medias de los almerienses.

La famélica industria almeriense de posguerra tardó muchos años en dar síntomas de levantar cabeza, más bien todo lo contrario, fomentando un alza imparable de la emigración y así fue durante décadas. En el momento en que la fábrica de Vera cerró sus puertas, en 1974, sólo existían ocho empresas en toda la provincia con más de cien empleados: de ellas, siete de la capital (*Sevillana de Electricidad*, *Minas de Gádor*, *Oliveros*, *Salinas del Mediterráneo*, *Piquer Hermanos*, *La Celulosa Almeriense* y *Marín Rosa*) y una en la provincia, la propia *Miguel Giménez e Hijos*. En esa época empezaba a despuntar también el fabricante de perfumes Briseis, con su famosa gama de desodorantes *Tulipán Negro*. En la década de los 60 se instala en Cuevas del Almanzora, la industria química *Deretil*, aunque sin alcanzar el volumen de facturación y de empleados de los que dispuso años después. En 1975 desembarca en Níjar el centro de experimentación de neumáticos de la multinacional francesa *Michelin*, que ha generado hasta ahora un centenar de puestos de trabajo fijos.

Dentro de la industria de la construcción, además del atomizado sector del mármol, reactivado por



Interior de la ermita de San Antón, en la actualidad, con algunas imágenes religiosas, que aún perduran. Ha sido cedida gratuitamente por la familia Giménez al Ayuntamiento para su rehabilitación. (Col. del autor)

el Plan de Actuación de 1983 con el apoyo de la Administración, se instala en la provincia en 1975 *Hisalba* (actual *Holcim*) y después llegará la fábrica de Derivados del Yeso (*Yedesa*) en Antas e *Interpanel*, en Carboneras, posteriormente adquirida por la alemana *Fels Werke*. En la capital también operó la fábrica de *La Celulosa*, del sector público, con la que se fabricaba pasta de papel. Contaba en el momento de su cierre, a finales de los setenta, con doscientos obreros. En la industria metálica y maquinaria pesada, han destacado en la capital *Francisco Oliveros*, *Talleres Cabezuelo*, *Artés de Arcos* y *Piquer Hermanos*. En Vera se llegó a habilitar una factoría por parte de la empresa *Metal Research*, aunque nunca llegó a funcionar, pero la edificación aún subsiste inactiva junto a la antigua carretera de Almería. Otra de las empresas de la provincia que más ha crecido en la comarca ha sido el *Grupo Nila*, con sede en Los



Fachada actual de la casa de Miguel Giménez Bolea, haciendo chaflán entre la calle Isabel la Católica y la carretera de Almería. En este edificio estuvo ubicado primitivamente el taller y comercio de calzados de Miguel Giménez Campoy y su mujer Josefa Bolea. (Col. del autor)

Gallardos, una de las empresas líderes de Andalucía en la fabricación de asfaltos para carretera. También ha adquirido cierto desarrollo la industria ceramista de Sorbas y la de cultivos marinos como Framar y Garciden en Carboneras y Vera. A pesar del progreso experimentado en el sector secundario, la industria aporta aún al Producto Interior Bruto (PIB) provincial el 11%, diez puntos por debajo de la media española.

Por eso, ahora, con la perspectiva que da el tiempo, aún tiene más mérito la trayectoria de la empresa Calzados Giménez de Vera, que, sin ningún tipo de ayudas de la Administración, consiguió durante dos décadas ser la excepción que confirma la regla en la famélica industria provincial almeriense de los años cincuenta y sesenta. Todo, gracias al esfuerzo y a la inteligencia natural de Miguel Giménez Campoy, un visionario que creó un imperio de la nada, en un pueblo aislado, sin comunicaciones, y que, 25 años después, aún no tiene sucesor en el pobre sector industrial de la Axarquía almeriense.

BIBLIOGRAFIA:

— CONSEJO ECONOMICO Y SOCIAL DE LA PROVINCIA DE ALMERIA: *Actas*, 1959.

— DEMERSON, Paula y Jorge: *La Sociedad Patriótica de la Ciudad de Vera y su jurisdicción (1775-1808)*.

— GARRES Y SEGURA, Eusebio: *Historia de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Vera*, Arráez Editores, 2004.

— GOBIERNO CIVIL DE ALMERIA: *Veinte años de paz bajo el régimen de Franco (1939-1959)*, Almería, 1959.

— MADDOZ, Pascual: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar. 1845-1850*.

— ORTIZ SOLER, Domingo y CARA BARRIONUEVO, Lorenzo: *Vera, Agua y suelo*, Arráez Editores, 2003.

— VV. AA.: *La historia de Almería*, La Voz de Almería y Unicaja, 1988.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS:

— *Yugo*, Almería, 1939-1962.

FUENTES ORALES:

— José Antonio Ruiz Marqués

— Miguel Giménez Bolea